

SOY ROBOT.

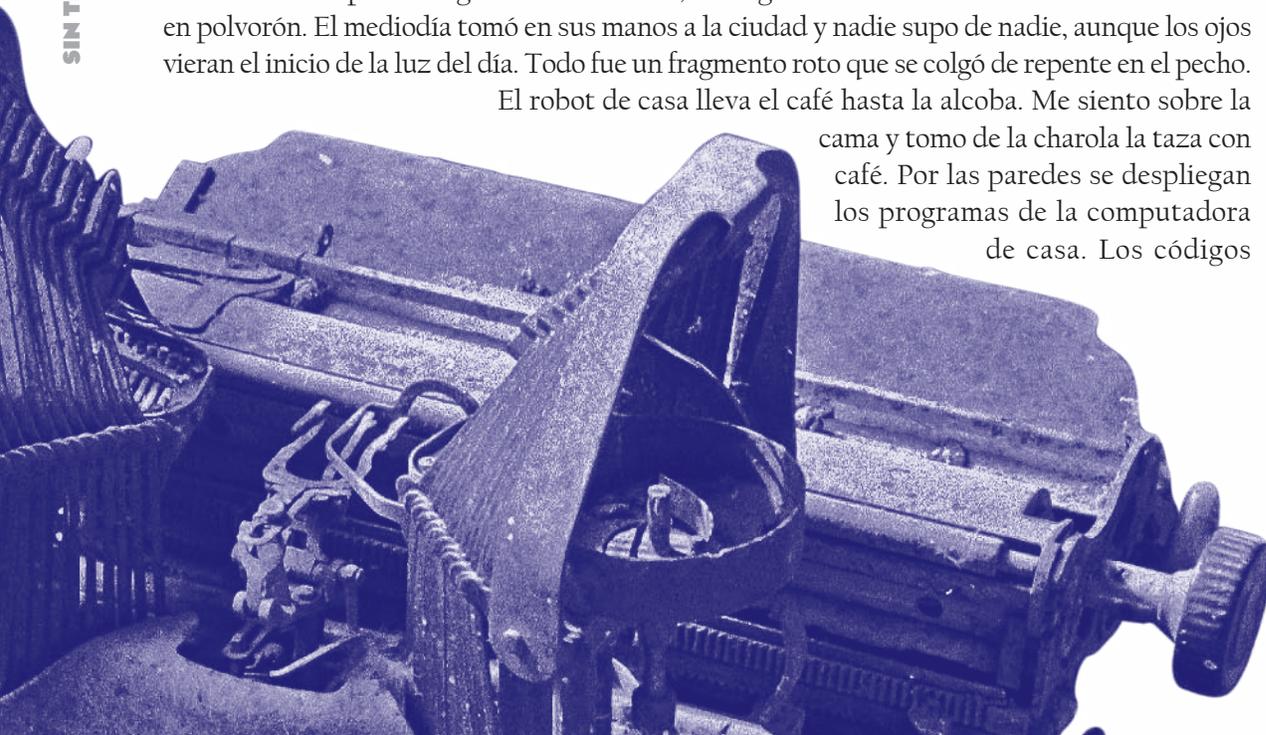
ISADORA MONTELONGO

Es temprano. Los chicos no están en casa. He dejado de mirar la proyección en la pared que todos los domingos se acciona con una luz blanquecina para mostrar todos los pendientes de la agenda.

Yo duermo siempre con los recuerdos y al abrir los ojos, los olvido. El robot de casa hace un minúsculo ruido antes de encenderse y poner el café en la cocina. Elena escribe sobre la mesa su nuevo número de chip telefónico y se introduce éste en la oreja. Graba una broma con su holograma, como todas las mañanas de domingo que iba con sus amigas al spa, y sale de casa. Los chicos están dormidos.

Yo recuerdo haber soñado que la tierra hacía un zumbido ensordecedor antes de estremecerse. El sonido era de unas trompetas que pinchaban el corazón con fuerza: un látigo que se repetía una y otra vez. El espiral de ruido golpeó intensamente la casa y traspasó la piel, los oídos, e hizo temblar el último hueso del esqueleto. La tierra comenzó a agitarse con fuerza después de un repentino silencio. Las casas se redujeron a miles de trozos de ladrillos y cables. Los cuerpos de la gente sobre la calle, la sangre aún caliente se mezclaba con el asfalto en polvorón. El mediodía tomó en sus manos a la ciudad y nadie supo de nadie, aunque los ojos vieran el inicio de la luz del día. Todo fue un fragmento roto que se colgó de repente en el pecho.

El robot de casa lleva el café hasta la alcoba. Me siento sobre la cama y tomo de la charola la taza con café. Por las paredes se despliegan los programas de la computadora de casa. Los códigos



repiten un descender infinito de números. Oigo a los chicos salir de las paredes. Jaime ríe con sus hoyuelos divertidos y Francis riñe con su voz dulce. Me levanto de un salto y corro a verlos. La risa de Jaime me lleva a la cocina. Elena está ahí, como todas las mañanas de domingo. Puedo verla con un brillo alrededor de su cuerpo, su mirada transparente y su ropa translúcida. Ella hace una broma y yo quiero tocarla con todos los colores de mi cuerpo. Me hace llorar.

Elena se repite una y otra vez. Jaime y Francis se pierden por momentos ante la luz que entra por las ventanas y yo, en esos instantes, me vuelvo un fantasma.

MI MUJER EMPIEZA A PRENDERSE Y APAGARSE CASI AL LLEGAR LAS DOCE DEL MEDIODÍA, ARRUGA SU PROPIA IMAGEN COMO LA DE UN TELEVISOR ANTIGUO.

Elena no me puede recuperar; ni siquiera sabe que me ha perdido porque sigo siendo carne. Pero ella me tiene siempre en su mente. Y yo me siento a la mesa, viéndola preparar el desayuno. Cuando cierro rápido las persianas de las ventanas, los chicos reaparecen y se persiguen. Juguetean por toda la casa como si tuvieran tanta vida. Elena me llama la atención por no reprimirlos. Yo sólo quiero verlos reír y que ella me sostenga en sus brazos y me pueda tocar como antes.

El robot de casa se acerca y pone el desayuno sobre la mesa. Elena me dice entonces que es un robot viejo, que deberíamos desconectarlo y mandarlo al yónker. Yo le digo que le demos una oportunidad. Nadie es perfecto, ni siquiera un robot. Ella ríe y cuenta una broma sobre otra, se repite seguidamente con atuendos diferentes, pero con su misma sonrisa que calienta el corazón. Yo amo a Elena y adoro a nuestros hijos.

El tiempo se hace corto.

—¿Es cierto que va a temblar, papá? Lo dijeron en las noticias.

La pregunta de Francis se vuelve a repetir cada mañana de domingo, mientras la veo asustada, triste, perdiendo su sonrisa y coqueteos. He dicho tantas respuestas, que se proyectan como un holograma por toda la casa. Pero ahora sólo lo niego todo.

—No, Francis, jamás temblará de nuevo.

Francis lanza una sonrisa programada y me mira con sus ojos abiertos que extraño incluso viéndolos de cerca y a la luz del día.

—Yo, aunque pronostiquen lo que pronostiquen, me voy con las chicas al spa, eh.

Elena comienza a aparecer y desaparecer, se toca su oreja y dice que necesita cambiar el chip de su celular.

—Los teléfonos no son como antes.

Mi mujer empieza a prenderse y apagarse casi al llegar las doce del mediodía, arruga su propia imagen como la de un televisor antiguo.

Los niños dejan de reír y gritan espeluznantemente antes de desaparecer.

El sol alcanza toda la casa, sin que pueda retenerlo con las persianas.

El robot de casa se proyecta guareciendo a los niños dentro de la habitación. Yo me veo a mí mismo salir corriendo en pijama. Grito.

—¡Elena, Francis, Jaime!

Siento las trompetas del temblor dentro de mi pecho nuevamente, y sé que ya he despertado al ver mi propio holograma y, por poco, recuerdo lo que sueño casi todos los días. La proyección en las paredes se reinicia y me quedo solo. Tiemblo apenas comienza el mediodía. Sólo quiero que pase rápido la semana y sea domingo para que Elena y los niños vuelvan a repetirse en el sistema de casa y yo vuelva a sentirlos con el corazón lleno de hologramas. ∞

